

EL EMPLEO HA MUERTO

José Ramón Díaz

Director General de IBM Valencia

DIECISÉIS de octubre del año 2004, sábado. Juan E. protagoniza una escena típica de futuro. Son las siete y media de la mañana. Se acaba de levantar. Ha refrescado y siente un escalofrío. Se pone la bata y apaga la televisión, que se ha quedado encendida toda la noche. En el baño selecciona la temperatura del agua y se moja la cara. Mientras se seca se le escapa una mueca de amargura. ¿No era todo perfecto en el futuro? Camina lentamente y se acerca al ordenador. Hace cuatro años que ése es su puesto de trabajo. Coincidiendo con el cambio de siglo, Juan E. se acogió a un programa voluntario de teletrabajo. Abandonó su rutina de todos los días, el viaje en tren hasta la oficina, las reuniones, el sandwich a las dos menos cuarto, el informe de gestión semanal y el ruido aquel de tantas conversaciones que le volvía loco. Se convirtió en una cobaya de la modernidad. Cobró una indemnización especial, hizo cursillo de adaptación y obtuvo una financiación privilegiada para iniciar su vida ejemplar de trabajador contemporáneo. Fue un modelo. Ahora, cuatro años después, cuando abre su pantalla de alta definición y se conecta al programa del Centro de Trabajo Telemático, tiene que cerrar los ojos. ¿Sueño? No, más bien desesperación. Si la cámara girara y pudiéramos leer el mensaje escrito en su ficha de productividad comprenderíamos su horror 2004. Octubre, 16. Sábado. Trabajo realizado en la última semana: 12 horas 15 minutos. Trabajo realizado en el mes: 31 horas. Trabajo realizado en el año: 528 horas 37 minutos. Previsión de trabajo para la próxima semana: Negativa. Suerte. ¿Quiere terminar su consulta?

No va a haber trabajo. Aunque lo diga la Constitución, aunque lo prometan el presidente del Gobierno y el líder de la oposición, aunque se escuchen las previsiones del Fondo Monetario Internacional y las plegarias del mismísimo Santo Padre. El trabajo, tal y como lo concebimos en octubre de 1994, 10 años antes de la escena del ordenador, está dando las últimas boqueadas. La innovación tecnológica, la descentralización de las empresas y la flexibilidad de la mano de obra dejan paso a la era postindustrial. Se acabaron aquellas inmensas cadenas de montaje con miles de obreros marchando al ritmo de la produc-

ción; se acabaron también las oficinas ejemplares de los años treinta, con cientos de secretarías perfectamente alineadas tecleando en sus viejas máquinas de escribir, y la masiva salida de la fábrica que filmaron los hermanos Lumière cuando estaban inventando el cine. En la Renault de Valladolid, cada robot ha sustituido a 10 obreros. Y las inmensas naves de la Fiat en Turín parecen un mausoleo: no hay nadie. El trabajo, tal y como lo conocemos, se muere.

La sociedad flexible. Todo va a ser diferente. La nueva situación económica está demostrando que el hecho de que la economía crezca no significa que crezcan también los empleos. Por mucho que se empeñen los expertos, la realidad es mucho más terca que sus buenas intenciones. En 1964, hace sólo 30 años, había en España 11.719.000 personas trabajando. Treinta años después, mientras el batallón de españoles en edad laboral (entre los 16 y los 65 años) había aumentado en ocho millones, el número de los que tienen empleo sigue siendo prácticamente el mismo: solamente 8.000 personas más tienen trabajo hoy. Mientras tanto, una legión de mujeres se ha incorporado a la búsqueda de empleo, y lo más que han conseguido ha sido arrebatárselo a los hombres. Pero tanto crecimiento, tanta riqueza y tanto desarrollo solamente han sido capaces de crear 8.000 miserables empleos; el equivalente a las personas que trabajan en una sola empresa grande. Sin contar, naturalmente, que en los años sesenta, millones de emigrantes se ganaban la vida lejos de España. Ahora, tampoco.

¿Qué es el trabajo al borde del precipicio de este fin de siglo? Un valor devaluado. Los viejos sueños del puesto fijo para toda la vida, de la empresa fuerte, de la carrera profesional, de la paga a fin de mes... han saltado por los aires. Ya no hay nada de eso. Ahora, los periódicos llevan cada vez menos ofertas de empleo y las empresas empiezan a buscar otro prototipo de trabajador. Polivalentes, que sean capaces de adaptarse a distintos puestos, según las necesidades de cada momento; con horarios variables para jugar con las necesidades de producción; a tiempo parcial... Flexibilidad total. En el salario, en el horario, en el estilo de trabajo. Las empresas ya no quieren hacerlo todo.

Hace veinte años, cuando vino a España, Ford montó una planta total que fue el asombro de Europa. En Almussafes (Valencia) se fabricaban coches completos. Al calor de la inversión americana se organizó una red de pequeñas empresas nacionales que, convenientemente entrenadas, hacían partes del vehículo. Ahora la situación ha cambiado. Ford ya no hace en España su coche total, la maraña de pequeñas industrias que vivían del gigante se ha ido disolviendo y todas las compras para Europa han sido centralizadas en el Reino Unido. En 1995, la situación empeorará: los proveedores tendrán que viajar a Detroit, a la central mundial, para intentar colocar sus productos. Ignacio López de Arriortúa –el ejecutivo de moda en el mundo– ya ha puesto en práctica con notable eficacia las delicias de apretar el cinturón a los fabricantes españoles desde su despacho de Alemania.

El nuevo empleo. Muchas empresas ya están organizadas siguiendo una estructura de trébol: una parte de su fabricación la hacen con personal propio;

otra, con gente o empresas contratadas, y la tercera, que es creciente, con freelances.

En España ocurre lo mismo. Y en muchas ocasiones, esa tercera empresa del trébol es ilegal.

Seis millones de españoles en edad de trabajar ya no lo hacen. De entre ellos 3,5 millones buscan empleo, y dos de cada 10 aspiran a encontrar su primer trabajo. Pero no lo tienen fácil. En los últimos tres años, y gracias al boom de Indurain, se han vendido 5,2 millones de bicicletas. Pero no han creado ni un solo empleo; prácticamente, todas venían de fuera. Son más baratas y se han distribuido mayoritariamente por grandes superficies comerciales que dependen de capital extranjero. Se diría que el consumidor ha salido ganando porque gracias a la competencia ha podido disfrutar del producto en mejores condiciones, incluso comprándola los domingos. El caso se complica más si se añade que Indurain ha usado una bicicleta italiana para batir el récord de la hora, negándose a probar un prototipo español desarrollado por dos alumnos de Bellas Artes de la Universidad Complutense de Madrid. Tercer dato:

la creación de la superbicicleta española ha costado solamente tres millones de pesetas. Indurain no es responsable del paro, pero su ejemplo también valdría para crear empleo. Tal vez si una buena parte de esos millones de bicicletas que se han vendido hubieran sido fabricadas (en buenas condiciones, naturalmente) en España, los beneficios del comprador español hubieran sido mayores y sobre todo, a más largo plazo. Con menos paro hay menos cargas sociales y, sobre todo, menos conflictividad social. Se vive mejor.

No se confíe. Aunque usted tenga trabajo, también está en riesgo. El paro no es sólo un problema de quienes ya no trabajan. También afecta a los que en estos momentos sí que tienen empleo, pero –aunque tal vez no lo sepan– lo pueden perder. La revolución va a coger a todo el mundo. No hay santuarios para nadie. Por eso, para los parados, buscar empleo es su mejor trabajo. Y para los que todavía no lo están, la tarea es conservarlo o cambiarlo.

Si no tiene trabajo, el caso es urgente. Si lleva solamente unas semanas buscando empleo, vivirá probablemente la euforia del triunfador. Tal vez piense que todos sus sueños van a hacerse realidad. Tenga en cuenta una cosa: si la búsqueda de empleo se prolonga, sus defensas se debilitarán. En España, 800.000 personas llevan paradas menos de seis meses, 1,5 millones menos de un año. Son los que más se mueven, los que tienen más esperanza de encontrar trabajo. En el extremo contrario, un millón de españoles prolonga su agonía desde hace más de dos años. Su actitud no es precisamente eufórica. La economía ha mejorado, aunque todavía no parece capaz de reducir el paro considerablemente (para el próximo año, el gobierno está hablando de 200.000 nuevos empleos). Hay más oportunidades.

En España, todo el mundo es una agencia de trabajo. El célebre “A ver si tiene usted algo para mi chico” se ha convertido ya en una muletilla. La mayor parte de la demanda de trabajo no pasa por el Instituto Nacional de Empleo

(INEM); los trabajos nacen y se cubren a escala casi doméstica. Además, el propio INEM ha puesto mucho más celo en contar a los parados que en manejar las ofertas de empleo, que son prácticamente clandestinas. El resultado es una catástrofe: ni los parados saben cuáles son sus oportunidades, ni la formación profesional (que sigue arrojando al mundo administrativos mientras desaparecen las oficinas) atiende realmente las demandas de futuro, ni las carreras universitarias ofrecen salidas directas al mercado de trabajo. Además, este mercado tan poco transparente provoca que algunos empleos sean extraordinariamente caros, porque apenas hay profesionales capaces de cubrirlos. Un buen cocinero o un buen soldador llegan a costar en España medio millón de pesetas al mes, el triple que en otros países de nuestro entorno. Por no hablar de los pilotos. Luego está el escándalo: cada año se quedan miles de puestos sin cubrir.

No hay una única solución. La nueva economía está creando otro tipo de trabajos. Fundamentalmente más flexibles. Los sindicatos protestan por lo que llaman contratos basura, y los empleadores exigen cada vez más flexibilidad. Probablemente, si la economía y las empresas españolas no fueran tan extremadamente rígidas, tampoco haría falta tanta flexibilidad. La movilidad excesiva también es un cáncer para el futuro de la empresa. Si los trabajadores son tan flexibles (contratos temporales, a tiempo parcial, escasa formación) que no se sienten vinculados a su empresa, sin ellos, ¿será capaz de sobrevivir?

Los nuevos parados tienen que fabricar su propio trabajo. En muchos casos, esto es así literalmente. Para algunos grupos de desempleados (por ejemplo, las 200.000 mujeres de entre 35 y 55 años que llevan más de dos años buscando empleo inútilmente), la creación de su propio empleo es una salida mucho más segura que esperar a que se lo dé otro. Algunos programas de formación, como el Now de la Comunidad Europea, tratan de proporcionarles una formación profesional específica que les abra las puertas del trabajo. Lo importante cuando se está parado es encontrar una salida antes de que llegue el bajón. En Japón, los parados han empezado ya a no salir de sus casas entre semana (cuando los otros, los útiles, están trabajando) para no sentirse señalados.

A los que no se adentren por esta vía, la solución les deberá llegar bien por el reparto de las horas de trabajo (en Holanda, el 40 % de los trabajadores son a tiempo parcial), bien por el crecimiento del número de empleadores (solamente medio millón en España) que sean capaces de identificar y fabricar los nuevos productos deseados por los consumidores.

La oportunidad española. No es verdad que no se esté creando empleo en el mundo. El problema es que se está creando en otros sitios (preferentemente en el nuevo Tercer Mundo) y con otras condiciones. ¿A quién le interesa España, con sus discusiones entre sindicatos y patronal, sus rigideces y el abandono de la industria nacional tras la entrada en la Comunidad Europea? Aquel ministro que dijo que la mejor política industrial es la que no existe tendría que haber

explicado por qué no cerraba su ministerio.

Pese a todo, existen oportunidades para aumentar el trabajo en España. Algunos expertos centran sus esperanzas en el sector servicios. Hacia el año 2004, el mismo día que Juan E. se levanta desesperado porque apenas ha trabajado 12,5 horas la semana anterior, ni la agricultura, ni la gran industria, ni la construcción le van a resolver sus problemas. En todos estos –que hace solamente 50 años eran la base de cualquier empleo– solamente encontrarán un empleo dos o tres de cada 10 personas.

La lista de actividades con futuro es bastante larga. Desde la reforestación de todo el país a ritmos forzados hasta los cuidados geriátricos y en general los negocios relacionados con la tercera edad, pasando por la rehabilitación de viviendas, el turismo cultural, la climatización, el mantenimiento de maquinarias y otras cien posibilidades. Aunque parezca mentira, hace 30 años, un ingeniero recién licenciado podía aspirar a trabajar en no menos de 10 empresas españolas de televisión y sonidos instaladas en Barcelona. Hoy están todas muertas y ese mismo ingeniero estaría pensando en emigrar a mercados más creativos, como por ejemplo el chino. Hay mil casos. A la Expo vinieron especialistas extranjeros, y en la bahía de Cádiz han tenido que importar caldereros noruegos para arreglar un barco. Allí, con cerca del 40 % de paro, no había.

Vale la pena explicar un ejemplo. Reforestar España a marchas forzadas (mucho mayores de las que se anuncian a bombo y platillo, que apenas dan para compensar lo que se quema) supone crear viveros, formar mano de obra especializada, desarrollar programas regionales y locales, promocionar las actividades de tiempo libre, potenciar el turismo rural, impulsar la industria de la madera y del papel... e incidir sobre el clima global y frenar la desertización, lo que a su vez pondría otra vez en marcha la rueda de la fortuna.

En los últimos 15 años, la industria española ha sido literalmente comprada por el capital extranjero. Ya no quedan grandes empresas privadas que sean rentables. En un alarde de ingenuidad y juego limpio, la Administración no ha puesto ni una traba a la colonización alegando que “teníamos que ser serios” mientras los demás países rizaban el rizo de la picardía e inventaban todo tipo de barreras para los productos extranjeros. De esta forma, una tras otra han ido sucumbiendo miles de pequeñas empresas (como las de motos, como las de chocolate, como las de pequeños electrodomésticos...) y con ellas se han dejado de crear millones de nuevos empleos. Las empresas españolas se han ido convirtiendo en simples plantas de fabricación. Las decisiones se toman fuera.

Ahora muchas voces empiezan a reclamar juego sucio para aumentar el proteccionismo. En algunos casos, con efectividad: la rebelión de los boniteros del norte contra las redes de volanta han obligado al ministro de Agricultura, Luis Atienza, a dar una batalla que no tenía prevista a favor de un producto español y, de paso, hacer una política de protección del medio ambiente. El Talgo no tuvo a nadie que le apoyara contra la decisión de que el AVE fuera francés. Los empresarios se han ido rindiendo. Incluso los más prósperos, una huelga que nunca comprendió impulsó a Revilla a vender su fábrica de Soria y

dedicarse a la especulación inmobiliaria. La actitud del Secretario General de Empleo, Marcos Peña, pidiendo el boicoteo de los productos Guillette como respuesta al abandono de la fábrica de Sevilla no ha sido ni siquiera comprendida.

En este panorama, los nuevos empleos son cada vez más escasos. Y sobre todo, diferentes. El viejo trabajador que recibía el reloj de oro tras 25 años de servicios en la empresa ya no existe. Los nuevos empleos están por nacer.

SALIDAS PROFESIONALES

Enrique de Miguel Fernández

Catedrático Univ. Politécnica de Valencia

VOY a explicar muy brevemente la situación de la industria de la C. Valenciana en cuanto a titulados universitarios, así como su comparación con otras Comunidades.

En la tabla I podemos observar el número de empleos en la industria su porcentaje respecto a la población ocupada en 1993. Como puede apreciarse este

TABLA I
TOTAL INDUSTRIA

	(1) <i>Universitarios</i>	(2) <i>Población ocupada</i>	$\frac{(1)}{(2)} \times 100$
España	179.991	2.552.866	7,05
C.V.	13.081	321.859	4,06

porcentaje es bajo, aunque se debe fundamentalmente al tipo de industrias con los que contamos en la Comunidad: el tamaño medio es muy pequeño y una mayoría están situadas en los sectores tradicionales. Estas características se aprecian bien en la tabla II.

TABLA II
ALIMENTOS, TEXTIL, CALZADO, MADERA Y PIEL

	(1) <i>Universitarios</i>	(2) <i>Población ocupada</i>	$\frac{(1)}{(2)} \times 100$
España	58.786	1.269.284	4,63
C.V.	5.633	202.318	2,78

TABLA II (Continuación)
INDUSTRIAS BÁSICAS

	(1) <i>Universitarios</i>	(2) <i>Población ocupada</i>	$\frac{(1)}{(2)} \times 100$
España	121.205	1.283.582	9,44
C.V.	7.448	119.541	6,23

Cuando comparamos nuestras cifras de titulados con las de otras Comunidades se aprecian bien estas características de las empresas valencianas (tabla III).

TABLA III
UNIVERSITARIOS Y POBLACIÓN OCUPADA EN LA INDUSTRIA
DE LAS PRINCIPALES COMUNIDADES INDUSTRIALES.
ALIMENTOS, TEXTIL, CALZADO, MADERA Y PIEL

<i>Comunidad</i>	(1) <i>Población ocupada</i>	(2) <i>Universitarios</i>	$\frac{(2)}{(1)} \times 100$
1. Cataluña	308.797	17.798	5,76
2. C.V.	202.318	5.683	2,78
3. Andalucía	130.002	4.113	3,16
4. Madrid	124.447	10.088	8,11
5. País Vasco	70.317	4.237	6,03

INDUSTRIAS BÁSICAS

<i>Comunidad</i>	(1) <i>Población ocupada</i>	(2) <i>Universitarios</i>	$\frac{(2)}{(1)} \times 100$
1. Cataluña	348.910	39.581	11,34
2. Madrid	184.849	31.164	16,86
3. País Vasco	136.521	12.415	9,09
4. C.V.	119.541	7.448	6,23
5. Andalucía	96.729	5.005	5,17

Al estudiar en la Universidad un 50 %, aproximadamente, de los muchachos y muchachas entre los 18 y 23 años, se producirá durante los próximos años un aumento de los universitarios empleados en la industria, pero no en

los puestos que ocupaban al terminar hace unos años, sino dentro de un abanico más amplio. La principal incógnita que se plantea es el ajuste de conocimientos y habilidades a las necesidades de la industria. Sin una formación adecuada a estas necesidades, tanto profesional como universitaria será difícil mantenerse en los mercados internacionales.

La tabla IV refleja, por último, las colocaciones de los universitarios en los sectores industriales de la C.V., según un estudio realizado por el grupo de Investigación de Administración de Empresas en la E.T.S. Ingenieros Industriales.

CHARLAS DE ORIENTACIÓN SOBRE SALIDAS PROFESIONALES *

EL Servicio de Información de la Universidad Politécnica ha colaborado con la Real Sociedad Económica de El País, en un ciclo de conferencias sobre las “Salidas profesionales de los estudios técnicos universitarios”.

El objetivo de este ciclo, celebrado el pasado mes de octubre en el Centro Cultural de Bancaixa, ha sido ofrecer a los universitarios valencianos, una serie de orientaciones actuales, que puedan ser de utilidad para sus futuras salidas profesionales.

La primera de las mesas estuvo dedicada a los estudios de Arquitectura, Ingeniería Civil y Bellas Artes. En ellas intervinieron el Vicerrector de Ordenación Académica, Pedro de Miguel Sosa, y los profesores también de la Universidad Politécnica, Manuel Chueca y Pilar Roig, de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería Geodésica, Cartográfica y Topografía y la Facultad de Bellas Artes respectivamente. “Las Nuevas Tecnologías” fue el tema de la segunda mesa redonda. En ella tomaron parte el director de la Escuela de Ingenieros de Telecomunicación, Miguel Ferrando y el catedrático de la Universidad Politécnica, Enrique de Miguel quien ofreció datos de un estudio sobre la demanda de ingenieros por las pymes empresas de la Comunidad Valenciana y que es cuatro veces inferior a la media de otras ciudades españolas.

La última de las charlas se dedicó a los estudios de ingenierías agroalimentarias y forestal, en la que participó el catedrático del Departamento de Producción Vegetal, José Vicente Maroto junto al Decano del Colegio Oficial de Ingenieros Agrónomos de Levante y el director de I + D de SIPCAM INAGRA.

La iniciativa ha tenido gran éxito en cuanto a la existencia de público, en su mayor parte integrado por alumnos de último curso y estudiantes de COU aunque también hubo la presencia de empresarios que se interesaron por este ciclo ya que “se ha podido detectar, según Vicente Collado, responsable del Servicio de Información de la Universidad, un importante desconocimiento por parte sobre todo de las pymes valencianas sobre el tipo de titulados que salen de la Universidad Politécnica y que son un capital humano capacitado para trabajar en estas empresas y contribuir al desarrollo del tejido socio-económico valenciano”.

* Reproducido de *Agora*, n.º 35, noviembre 1995.